

allá en la playa, ni una lágrima se derramaba por nuestra ausencia. A las cinco de la tarde las costas de Acapulco principiaron á borrarse, perdiéndose muy pronto en la bruma, como una línea que se desvanece. Yo permanecí sobre cubierta, apoyado en el palo de popa, queriendo ver todavía una vez más esa querida patria que parecía sumergida en las tumultuosas olas. El sol se puso, las aves marinas se dirigían en paradas hacia tierra. felices ellas! — las sombras de la noche ennegrecieron las aguas del Pacífico, y las estrellas, allá en el espacio infinito, cintilaban, clara, muy claramente, con esos misteriosos destellos que tienen los astros cuando se contemplan desde alta mar!

Segunda Parte.

—

En el destierro.

—

Noche en el alma.

I
 Arribamos á Nueva York en terrible
 día de invierno. No había visto jamás
 la metrópoli americana: su vista causóme
 hondísima tristeza. Una inmensa ne-
 vada se abatía sobre la ciudad. El
 viento silbaba formando torbellinos
 con los blancos copos flagelándonos,
 el rostro. En el trayecto recorrido á
 pie de los muelles á los carruajes hun-
 dióuse nuestras plantas en la blanca
 nieve, y los sombreros y abrigos blan-
 queaban cual si nos hubiésemos re-
 volcado en un lecho de harina. Qué
 frío más terrible! Nuestros ligerísimos
 abrigos muy mal nos cubrían de
 la intemperie, y los opitos bailadores
 de Juan José Díaz estaban como
 congelados. Mi pobre mozo, Higinio
 Espinosa, que vestía una blusa de

sela de cebolla y un sombrero panameño,
se había convertido en una especie de
helado de limón y de leche.....
— Cachero! al Windsor Hotel.

x x

Durante todo el invierno de 1877
inverné en una confortable habitación
de ese hotel. Mi espíritu recobró su per-
dida serenidad, y reflexionando sobre
los acontecimientos de mi país, no dejé
de repetir este aforismo de un pe-
simista alemán:

— "En el mundo hay más malvados que
hombres"

En una madura concentración
conmigo mismo, formé el propósito de no
participar más en política, de-
fendiendo al país en el goce de su
nuevo redentor. Si mi nombre fue
coludido en sucesos posteriores, débese
más que á mi voluntad, á la arr-

bición del más íntimo de mis enemigos:
del Sr. Romero Rubio. Este señor se había
como metamorfoseado en la imperial
City. Desconociendo como yo los grandes
emporios extranjeros, sin más horizontes que
los muy bellos pero muy limitados
de Chapultepec, habiendo pasado
su juventud en la miseria y el desce,
los placeres de Nueva York ejercieron
sobre él una fascinación irresistible.
Cansoso ya de la venerable cabeza, no
tiré copia, volaba por las calles más
divertidas en compañía de misses que
usaban más la botella de Venus que las
agujas de Coser, conjugando el verbo
love en todos los tiempos, con la
circunstancia agravante de no hablar
él una sola frase del idioma in-
glés. El primer disgusto que nos
causó el Sr. Romero Rubio, fue pre-
cisamente un día después de
nuestra llegada. Salí á la calle

804
muy temprano a poner una carta
en los buzones, pero quise nuestra
desventura y su desgracia, que
equivocando el buzón de la posta
con una caja (de alarm fire),
diere la señal de alarma al
introducir la carta. Acuden
desolados bombas y bomberos por
todas partes; las faceras se llenan
de policías, y en vez de una hornaza
de llamas y columnas de humo
(era una doble alarma), se encuentran
con el Sr. Romero Rubio, frente al
box de señales, forcejeando por
sacar la mano de allí
fui a dar al puesto de policía,
de donde lo sacó el Sr. Navarro,
explicando su identidad e ignorancia
de las costumbres americanas. No
nos libramos por esto, de una gran-
rada de artículos humorísticos que
al día siguiente de la malandanza

publicaron los diarios de Nueva York,
distinguiéndose por su tono burlesco los
publicados en la tarde!

Entre tanto, el círculo de amigos se
había restringido semejante al ediv lu-
minoso de una luz que se está apa-
gando. De México mantenía activa corres-
pondencia con mis fieles Cochicoa, Balan-
drano, Agustín R. González, Mexia y
otros de la vieja e incorruptible Guardia.
Juan José Paz y Romero Rubio y Escobedo,
langüidecían en el destierro, aunque el
segundo buscaba las distracciones en
los teatrillos de la Calle (Catorce). Las
cuerdas del patriotismo empezaron a
aflojar en Romero Rubio y Juan José
Paz. Advertía en ellos cierta in-
teligencia mutua, un deseo manifiesto
de ocultarme sus más frívolas acciones.
Deseando allanarles el camino de

la retirada, díjales sin reticencias que "si querían volver a la patria, que se desligaba de cualquier compromiso contraído conmigo anteriormente; que yo estaba resuelto a no mercarme más en política, y que si alguna vez el país que llamaba reconocido la legitimidad de mi gobierno, iría con gusto a México, pero simplemente para renunciar mi puesto y convocar a nuevas elecciones." Después de una discusión bastante débil, los Sres. Baro y Romero Rubio aceptaron mi proposición, no sin asegurarme con vehemencia, que "inmediatamente que llegaran a México desarrollarían un plan de campaña pacífica en favor de la restauración constitucional."

x
x x

Pues bien... un semestre antes de que yo les hablara en estos términos,

ya ellos tenían arreglado el volver a México, y bien guardado en los bolsillos un salvoconducto del General Díaz.

Pero no anticipemos los sucesos: hay que referir en mis Memorias lo acaecido durante los primeros meses de mi destierro y antes de la partida de aquellos señores, sucesos que al ser conocidos servirán grandemente para conocer a fondo el Génesis político y social del México de hoy.
